

Democracia y ciudadanía en el movimiento lopezobradorista	Título
Figueroa Ibarra, Carlos - Autor/a; Moreno, Octavio H. - Autor/a;	Autor(es)
América Latina. Los derechos y las prácticas ciudadanas a la luz de los movimientos populares	En:
Buenos Aires	Lugar
CLACSO	Editorial/Editor
2009	Fecha
	Colección
Movimientos sociales; Ciudadanía; Democracia; Movimientos políticos; América Latina; México;	Temas
Capítulo de Libro	Tipo de documento
"http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/gt/20160225031641/06demo.pdf"	URL
Reconocimiento-No Comercial-Sin Derivadas CC BY-NC-ND http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/deed.es	Licencia

Segui buscando en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO
<http://biblioteca.clacso.edu.ar>

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)
Conselho Latino-americano de Ciências Sociais (CLACSO)
Latin American Council of Social Sciences (CLACSO)
www.clacso.edu.ar



Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano de Ciências Sociais
Latin American Council of Social Sciences



CARLOS FIGUEROA IBARRA*

OCTAVIO H. MORENO**

DEMOCRACIA Y CIUDADANÍA EN EL MOVIMIENTO LOPEZOBRAADORISTA

INTRODUCCIÓN

En este trabajo se parte de la hipótesis de que categorías del pensamiento liberal como democracia y ciudadanía tienen una existencia precaria en el orden capitalista actual. Esto pone en tensión el supuesto básico del pensamiento neoliberal según el cual la democracia liberal y representativa y la economía de mercado serían las dos caras de una medalla. Por la primera entendemos la democracia moderna que se nutre de la representación y del pensamiento liberal y que se diferencia de la antigua en que se concibe como directa y que obviamente es preliberal (Bobbio, 1996: 188-233; Sartori, 2005: Caps. 2, 3). El supuesto del cual partimos es que la economía de mercado prevaleciente en el neoliberalismo deteriora la calidad de la democracia aun sea solamente la que parte de las premisas schumpeterianas. También postulamos que el sustento de la democracia liberal y representativa, la ciudadanía, también se ve deteriorada por las desigualdades que pronuncia el mercado.

* Profesor Investigador en el Posgrado de Sociología del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades “Alfonso Vélaz Pliego” de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla; es Doctor en Sociología por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM.

** Estudiante de la Maestría en Sociología en Posgrado de Sociología del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades “Alfonso Vélaz Pliego” de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla; es licenciado en Ciencia Política.

El planteamiento ideológico neoliberal ha postulado que la sociedad abierta y escenario de libertades está siendo amenazada por el resurgimiento de “populismos radicales o revolucionarios”. Por tales asumen a movimientos políticos que después se convierten en gobiernos, en los cuales existen fuertes tendencias autoritarias, caudillismos mesiánicos, uso irresponsable y clientelista de dinero del estado, descuido de la base productiva de la nación y una apelación demagógica a los sectores populares. Lo que resulta paradójico del pensamiento neoliberal es que planteándose como campeón de las libertades y de la democracia, su implantación y su práctica cotidiana ha destruido a esas libertades y democracia, además de que ha descuidado a inmensos sectores de la población.

Se postula también que en el contexto de las promesas no cumplidas por el neoliberalismo, han surgido en diversos países de América latina y en particular en México, movimientos políticos que son la síntesis de los diversos movimientos sociales, generados por los agravios provocados por la acumulación flexible, que sucedió a la keynesiana desde mediados de los años setenta del siglo XX. En la medida en que en el caso de México, el movimiento *lopezobradorista* como movimiento político no se ha restringido a los partidos políticos y a la lucha electoral, nos encontramos ante una nueva forma de movimiento, aquella que combina lo político y lo social.

Una nueva paradoja se desprende de lo anterior. Estos movimientos político-sociales, el *lopezobradorismo* en el caso mexicano, más que encarnación de lo autoritario y demagógico –tal es la definición desde la derecha del populismo– representan una oportunidad de reivindicar desde abajo y desde la izquierda las promesas liberales que el neoliberalismo se ve imposibilitado de cumplir¹.

DEMOCRACIA Y CIUDADANÍA

Durante las últimas tres décadas al menos hemos asistido a un renovado auge del prestigio de la democracia liberal y representativa como sinónimo del buen gobierno. Pero como bien lo ha expresado Huntington (1994), ha sido una forma específica de pensar la democracia la que se ha convertido en casi la única que se acepta como válida: la procedimental. Democracia procedimental y economía de mercado (más precisamente neoliberalismo) se han convertido a su vez en el sinónimo del mejor de los mundos posibles. Tal fue el simplista puerto de arribo en el imaginario de Fukuyama (1989; 1992).

1 El planteamiento de que aun la democracia procedimental tiene una dificultosa realización en el contexto creado por el neoliberalismo ya ha sido planteado por los autores en Figueroa y Moreno (2008).

Así, la democracia que se intentó construir se inspiró en el modelo de la democracia procedimental ideada por J. A. Schumpeter (1942) quien definía a la democracia como un *método* político, es decir, un arreglo institucional para llegar a decisiones políticas –legislativas y administrativas– confiriendo a ciertos individuos el poder de decidir en todos los asuntos públicos. Así presentada, la vida democrática se expresaba principalmente como la lucha entre líderes políticos rivales, organizados en partidos que buscaban el mandato para gobernar. En esta perspectiva, la democracia era solamente un procedimiento que no tenía mucho que ver con las aspiraciones de igualdad y mejora en las condiciones para el desarrollo humano. El rol del ciudadano democrático en este contexto se concentraba sólo en el derecho periódico a escoger y autorizar un gobierno para que actuara en su nombre:

Renunciar al gobierno por el pueblo y sustituirlo con el gobierno con la aprobación del pueblo (Schumpeter, 1968: 316).

Esta última afirmación explica bien por qué llamó a este modelo democrático “elitismo competitivo”, es decir, un sistema en el que:

Los partidos y las maquinarias políticas son simplemente la respuesta al hecho de que la masa electoral sólo es capaz de actuar de forma precipitada y unánime, y constituyen un intento de regular la competencia política de forma exactamente igual a las prácticas correspondientes a una asociación de comercio.

Los “amantes de la democracia” debían desterrar la idea de que el pueblo podría tener opiniones concluyentes y racionales sobre todas las cuestiones políticas; más bien, estas sólo podrían realizarse a través de la representación política. El pueblo sólo podía ser “productor de los gobiernos”, un mecanismo para seleccionar “los hombres capaces de tomar las decisiones” (Schumpeter, 1968: 316).

Resulta interesante ver cómo incluso desde la perspectiva de sus teóricos más conservadores, los funcionarios electos de esta democracia que podríamos calificar como “mínima”, tendrían que surgir de elecciones libres, limpias, honestas, periódicas y sustentadas en el sufragio universal (Huntington, 1994: 20). Así, para este autor la democracia se expresaría sucintamente como:

Elecciones, apertura, libertad y juego limpio son la esencia de la democracia, el inexcusable *sine qua non*. (Huntington, 1994: 22).

Y resulta revelador para los avatares de la transición democrática en México que Huntington asevere inequívocamente lo siguiente:

En la medida en que, por ejemplo, un sistema político niega la participación por medio del voto a una parte de su sociedad [...] es no democrático. Similarmente, un sistema no es democrático en la medida en que no permite oposición en las elecciones, o que la oposición es presionada, o censurada para que no haga lo que pretende, o si los diarios de la oposición son censurados o clausurados, o si los votos son manipulados o mal contados. (Huntington, 1994: 21)

En la visión dominante de la teoría democrática, paulatinamente se articuló de manera inseparable esta concepción de la democracia política no solamente con el capitalismo sino con una forma específica del mismo, el neoliberal. Era el signo de los tiempos, el pensamiento único imperaba y el sinónimo del “buen gobierno” tenía que estar atado al capitalismo desregulado y al imperio del mercado. Lejos estaban aquellos tiempos en que Macpherson postulara que las instituciones de la democracia liberal no necesariamente estaban atadas al capitalismo (Macpherson, 1994). Ahora el “buen gobierno” tendría que estar sustentado en “una economía que asigne racionalmente los recursos y que haga posible la solvencia financiera del Estado” mediante “reformas orientadas hacia el mercado” (Przeworski, 1995: 236). Como pasos principales en el logro de estos objetivos se planteaba el “organizar nuevos mercados, desregular los precios, moderar las actuaciones monopolistas y reducir las barreras protectoras” a través de una reducción en el gasto público y la venta de activos públicos mediante la privatización (Przeworski, 1995: 236). La liberalización del mercado y el adelgazamiento del Estado social, según los principios del programa neoliberal, provocarían una inmediata “reducción transitoria en el consumo agregado”, impactos con “un importante coste social” y evidentes costos políticos altos. Sin embargo, la esperanza era, como lo afirmaba Przeworski citando a otro autor (Baka), que finalmente el conjunto de reformas a largo plazo podría “crear motivación, generar condiciones de equilibrio, con la igualación de la oferta y la demanda en los mercados y satisfacer las exigencias de justicia social” (Przeworski, 1995: 236). En palabras del propio Adam Przeworski:

Un deterioro económico transitorio es inevitable, aunque los gobiernos que emprenden este tipo de reformas suelen ser reacios a reconocerlo. La inflación se dispara forzosamente cuando se desregulan los precios. La subutilización de capital y el desempleo laboral aumentan inevitablemente con la intensificación de la competencia. La transformación de toda la estructura económica provoca necesariamente una pérdida transitoria de eficiencia en la asignación de recursos. Las transformaciones de los recursos económicos resultan costosas (Przeworski, 1995: 238).

El costo es expresado sin ambages en el siguiente pasaje:

... el éxito de la estrategia de la 'píldora amarga' depende de su brutalidad inicial, de que se apliquen con la máxima celeridad posible las medidas más radicales, ignorando todos los intereses particulares y todas las reivindicaciones inmediatas. Cualquier gobierno firmemente decidido debe seguir adelante sin escuchar el clamor de las voces que exigen una moderación o desaceleración del programa de reforma. Puesto que los reformadores saben qué es lo más conveniente y están decididos a avanzar lo más rápidamente posible, los conflictos políticos aparecen como una mera pérdida de tiempo. (Przeworski, 1995: 317)

Con estos planteamientos, Przeworski no hacía sino seguir el postulado dictado décadas atrás por Milton Friedman, de que a veces era necesario un shock para que el capitalismo se liberara de las ataduras estatistas y socialistas que impedían el crecimiento económico. Las reformas económicas para la economía de mercado, producto de elaboraciones técnicas hechas en algunas universidades y de presiones de organismos crediticios internacionales, exigían adoptar algunas medidas que resultaban más eficaces "cuando se introducen (sic) por sorpresa" (Przeworski, 1995: 317). Resulta curioso que esta visión de la democracia se encuentre vinculada a la doctrina del capitalismo del desastre que ha develado el libro más reciente de Naomi Klein (Klein, 2007). Y resulta revelador del contenido ideológico de esta visión de la democracia y de la transición hacia ella, que se postulara como necesaria para la democracia la economía de mercado. Al extremo de que esa necesidad podría ponerla en peligro y podría crear el terreno óptimo para el surgimiento de peligrosos nacionalismos o liderazgos populistas (Przeworski, 1995: 240). Justamente lo que en su perspectiva ha ido sucediendo, en la medida en que el neoliberalismo ha mostrado su fracaso en América latina.

Lo que en la visión neoliberal y en la de algunos de los teóricos de la democracia schumpeteriana se perfilaba como el trago amargo que llevaría a una sociedad democrática y próspera, se convirtió en el problema de fondo de este tipo de democracia en la región. Simplemente resultó ser cierto lo que el propio Huntington alguna vez aseveró:

La pobreza es uno de los principales obstáculos, 'probablemente el principal', del desarrollo democrático. El futuro de la democracia depende del futuro del desarrollo económico. Los obstáculos del desarrollo económico son obstáculos de la expansión de la democracia. (Huntington, 1994: 277)

En el fondo de esta cuestión se encuentra el hecho de una democracia asentada en una mayoría de pobres, es una democracia que socava su

calidad en la medida en que desciudadaniza a esa mayoría. Y así como en esta teorización de la democracia, el planteamiento de Macpherson que desvinculaba a la democracia liberal y representativa del capitalismo resulta remoto, también lejanos resultan los planteamientos de T. H. Marshall (1950) que vinculaban a la ciudadanía con el logro de una mínima equidad social.

La ciudadanía democrática concede a las diferencias de estatus un marchamo de legitimidad, siempre que no sean demasiado profundas y se produzcan en el seno de una población cohesionada por una civilización única, y siempre que no sean expresión de privilegios heredados, lo que significa que las desigualdades resultan tolerables en el seno de una sociedad fundamentalmente igualitaria [...] (Marshall, 1998: 75).

La ciudadanía plena sería posible si se asegurara “que todos los ciudadanos consiguieran por lo menos el mínimo prescrito, tanto por sus propios medios como mediante la asistencia en caso de que no pudieran prescindir de ella.” (Marshall, 1998: 58).

Aunque Marshall asumía que el mercado abierto era una aportación al progreso económico capitalista, también reconocía que la economía de mercado podía producir una enorme dosis de injusticia social. Así, la ciudadanía para Marshall implicaba la formación de una “desigualdad social legitimada” posible de sostener siempre y cuando se reconociera una igualdad mínima de condiciones (Marshall, 1998: 22-23, 37). Desde esta perspectiva, el capitalismo y la ciudadanía serían materias mutuamente excluyentes, en tanto el capitalismo en sí mismo es un sistema basado en la desigualdad y la ciudadanía implica la aspiración de los miembros de una comunidad a poseer derechos y obligaciones iguales. Para resolver este dilema Marshall conceptualizó la democracia dividida en tres grandes partes: civil, política y social. El componente civil estaría dado por “los derechos necesarios para la libertad individual: libertad de la persona, de expresión, de pensamiento y de religión, derecho a la propiedad y establecer contratos válidos y derecho a la justicia”. La parte política sería entendida como “el derecho a participar en el ejercicio del poder político como miembro de un cuerpo investido de autoridad política, o como elector de sus miembros”. Finalmente la parte social que se asumiría como “todo el espectro, (*que va*) desde el derecho a la seguridad y un mínimo de bienestar económico al de compartir plenamente la herencia social y vivir la vida de un ser civilizado conforme los estándares predominantes en la sociedad” (Marshall, 1998: 23).

Por tanto, en esta perspectiva no existe una disociación entre lo político y lo social como en el pensamiento de la democracia represen-

tativa moderna. Por el contrario se considera que: “los derechos sociales se establecen en el ejercicio del derecho político, porque aquellos implican un derecho absoluto a cierto nivel de civilización que sólo depende de que se cumplan los deberes generales de la ciudadanía”. Éstos son posibles de realizar en tanto exista un mínimo de bienestar económico sin el que los derechos civiles no podrían realizarse debido a “los prejuicios de clase y la falta de oportunidades económicas.” (Marshall, 1998: 49-51).

La necesidad de una igualdad básica para el florecimiento pleno de la ciudadanía contrasta con lo que sucede actualmente. Las condiciones actuales de la economía internacional han llevado a una situación en la que existe una tendencia hacia la discriminación entre quienes se mueven dentro de los márgenes del circuito de capital y aquellos que ocupan las posiciones más bajas de la producción. En este sentido, el estado se ha fortalecido para apoyar a las iniciativas empresariales neoliberales y debilitado conforme en lo relativo al apoyo y respaldo de aquellas franjas excluidas de este desarrollo. A este fenómeno de desregulación del propio Estado, Ong lo ha llamado “soberanías graduadas”, es decir,

... los efectos del manejo flexible de la soberanía, la forma como los gobiernos ajustan el espacio político a los dictados del capital global, dando a las corporaciones (empresariales) un poder indirecto sobre las condiciones políticas de ciudadanía generando espacios que se articulan de manera distinta a los circuitos de producción y de finanzas. (Ong, 2006: 78).

Resulta interesante que en un balance de la democracia en América Latina, el Programa de las naciones Unidas para el Desarrollo retome los planeamientos de Marshall. En 2004, el PNUD reconocía que las raíces de la democracia en la región no eran profundas y que el gran pendiente era que en ésta, los gobiernos se convirtieran en verdaderos “gobiernos del pueblo”. Esto implicaba una ciudadanía plena, no solamente expresada en una forma de elegir autoridades sino en la conjunción de derechos civiles, políticos y sociales (PNUD, 2004: 18). Una verdadera democratización debería solucionar “la pobreza y la desigualdad, que no permite que los individuos se expresen como ciudadanos con plenos derechos y de manera igualitaria en el ámbito público, y erosionan la inclusión social (PNUD, 2004: 28). Por tanto, para acercar a las sociedades a la democracia y la justicia social (en contraposición al modelo de libre mercado y democracia procedimental) es necesario reconocer que la economía y la política no son dos entes separados, sino que actúan de manera interdependiente. Asumiendo que las necesidades económicas son parte importante del logro de li-

bertades políticas, y que una democratización verdadera implica la posibilidad de que el pueblo participe de las decisiones públicas y de su propio futuro. Como señala Amartya Sen:

El ejercicio de los derechos políticos básicos aumentan las probabilidades no sólo de que los poderes públicos respondan a las necesidades económicas, sino también de que la propia conceptualización –incluso la comprensión– de las necesidades económicas –su contenido y su fuerza– es preciso el debate y el intercambio de ideas (Sen, 2000: 191).

¿DEMOCRACIA PARTICIPATIVA O DEMAGOGIA POPULISTA? EL CARÁCTER DEL MOVIMIENTO LÓPEZOBRADORISTA

En el ideario de la democracia neoliberal y schumpeteriana la organización de la participación política se plantea como responsabilidad de los partidos políticos, los cuales ejercen una función representativa estratificada entre “dirigentes y seguidores”, salvaguardándose así de la abierta influencia popular. Citando a otro autor (Luxemburg), Przeworski parafrasea que “las instituciones representativas están integradas, por definición, por personas individuales, no por las masas” (Przeworski 1995: 19). En consecuencia, el rol del ciudadano queda relegado a un mero emisor del voto, donde “los individuos no actúan directamente en defensa de sus intereses, sino que la delegan” a través de dicho sufragio, y la participación social de los agregados sociales queda reducida a meros evaluadores de políticos y programas de gobierno, ya que “el modo de organización colectiva en el seno de la instituciones democráticas así lo exige” (Przeworski, 1995:17).

El éxito de dicho sistema de “democracia representativa moderna”, a similitud de las condiciones procedimentales mínimas consideradas por Schumpeter, dependería en buena medida de la existencia de reglas claras inherentes al marco institucional. En el mismo, los acuerdos se darían “entre los dirigentes de las fuerzas políticas, más que de un proceso de deliberación universal”, asumiendo que “el papel de las votaciones consiste en ratificar intermitentemente estos resultados o confirmar en sus cargos a quienes los han generado” de manera de que “el proceso de deliberación y la supervisión cotidiana del gobierno están bien resguardadas de la influencia de las masas” (Przeworski, 1995: 20).

Poniendo atención a estas premisas, se comprende que cualquier noción de democracia que conciba la participación más allá de este marco procedimental se convierte en un peligroso liderazgo populista. He aquí la raíz teórica de una forma de concebir a la política, que no es más que la racionalización de una ideología. Esto es lo que explica

la virulencia con la que las derechas en todas partes visualizan liderazgos y movimientos como el de Chávez en Venezuela, el de Morales en Bolivia y el de López Obrador en México. Puede entenderse entonces también, la teoría que sustenta que desde esta visión conservadora, estos tres liderazgos y movimientos sean metidos en un mismo saco, pese a sus notorias diferencias. Lo que tiene en común el *lopezobradorismo* con el chavismo en Venezuela y el *evismo* en Bolivia, es que en los tres casos hay una apelación a la participación popular que va más allá de los movimientos electorales. En los tres casos hay una visión de la ciudadanía que va más allá de los derechos políticos, en la medida en que busca articular las dimensiones políticas, civiles y sociales de dicha ciudadanía, acaso en el espíritu en el cual lo proponía Marshall.

Obviamente hay diferencias. En el caso del movimiento liderado por Evo Morales, la ciudadanía y la democracia plenas implica la resolución de la cuestión étnico-nacional y con ello se persigue refundar al Estado nacional boliviano. En el caso de Chávez, la ciudadanía y la democracia plenas se conciben en el marco de un horizonte poscapitalista que se ha denominado de manera inevitablemente vaga “socialismo del siglo XXI”. Esto último no existe en el *lopezobradorismo*, de la misma manera que la cuestión étnica no está en el centro de sus preocupaciones. Pero independientemente de estas diferencias, en los tres casos encontramos movimientos sociales que son al mismo tiempo movimientos políticos. Hay en ellos una articulación de lo político y de lo social que en el caso del *lopezobradorismo* se resume en la consigna que en el contexto de la crisis pos-electoral del 2006 se acuñó: “Congreso y calle”. Esto quiere decir que la lucha callejera, la lucha social, no es excluyente de la lucha dentro de las instituciones de la lucha electoral. A diferencia del movimiento zapatista encabezado por el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) (Subcomandante Marcos, 2006; EZLN, 6/05), para el cual una nueva manera de hacer política es rehusarse a participar en actividades electorales, para el *lopezobradorismo* esta nueva forma de hacer política consiste en la apelación constante a la participación de los de abajo, en las más diversas maneras en las cuales se expresa la *resistencia civil pacífica*².

Básicamente podemos considerar que el espacio en el que se originan y desarrollan los movimientos sociales es la sociedad civil, entendida como el espacio en donde se dirimen “los conflictos de interés que surgen en las relaciones entre los individuos mediante la administración de justicia y el cuidado del bienestar de los ciudadanos de-

2 Un examen de las diferencias entre el zapatismo y el *lopezobradorismo* puede encontrarse en Figueroa y Larrondo (2008).

fendiéndolos de los prejuicios que puedan derivar de permitir el libre desfogue del particularismo egoísta de los sujetos” (Bobbio, 1996: 53). Pero los movimientos, a pesar de moverse dentro de los márgenes de la sociedad civil, poseen una naturaleza política intrínseca, dado que se pueden entender como expresión de las tensiones dentro de la sociedad civil, en la búsqueda por modificar la organización del Estado. En el caso de América Latina los movimientos sociales más fuertes y con mayor trascendencia han coincidido en criticar e intentar impulsar cambios a los regímenes de gobierno apegados a la democracia instrumental y el neoliberalismo, con base en plataformas políticas plurales y una especial atención a la mejora de las condiciones sociales en sus respectivos países. Que en muchas ocasiones, los movimientos sociales no busquen conquistar el poder, sino solamente negociar soluciones a sus demandas específicas (Camacho, 2005: 18), no implica que sean ajenos a la política y en ese sentido en tanto que movimientos sociales sean también movimientos políticos. En la medida en que los movimientos sociales luchan por transformar el Estado y “los términos del ordenamiento social”, se observa el paso de “las luchas corporativas a las luchas políticas” (Camacho, 2005: 18)³.

Este paso entre la sociedad civil y la sociedad política es un asunto central en el interés de este trabajo, en tanto ciertos movimientos sociales tienden a rebasar los límites de la esfera civil y vierten sus demandas dentro de la esfera política, convirtiéndola en su espacio de acción. Situación que permite dejar atrás la división artificial entre sociedad civil y sociedad política en tanto el tipo de demandas que enarbolan tanto los movimientos sociales, y con especial énfasis los movimientos populares, se encuentran fundamentados en las condiciones sociales y económicas concretas en las que se conforman y el objetivo principal de su lucha se encuentra en transformar al propio Estado y sus estructuras. Para el canon de pensamiento de la política representativa moderna, la política se encuentra concentrada en los procesos electorales, es decir, en procesos instrumentales que cumplen con la función de designar a los representantes políticos que ejercerán el poder de estado; por tanto, una actividad propia de la esfera de lo social se encontraría disociada de lo político si no sigue los cauces oficiales de la competencia electoral, implicando que cualquier actividad que provenga de lo civil a pesar de que en el centro posea reivindicaciones sociales y políticas no es reconocida como un movimiento propiamente

3 Cabe agregar que la sociedad civil y los movimientos sociales son realidades heterogéneas y contradictorias debido a que la lucha de clases se expresa en ellas. En este sentido resulta sugerente la distinción de género y especie entre movimientos sociales en general y movimientos populares que expresa Camacho (2005: 15-20).

te político, sino que se encontrará siempre un escalafón más abajo de la competencia electoral. Un organismo libre de toda sospecha de radicalismo expresa lo anterior de la siguiente manera:

¿Habrá necesidad de advertir que política no es sólo (ni es siempre) lo que hacen los políticos, sino lo que hacen las ciudadanas y ciudadanos y sus organizaciones cuando se ocupan de la cosa pública? (PNUD, 2004: 18).

El tránsito en América latina de los movimientos sociales de lo propiamente social a lo político, evidencia que la política no es solamente lo relativo al ámbito electoral. En un primer momento los movimientos sociales se presentaron como protestas enérgicas en contra de la implantación del neoliberalismo y los costes sociales que implicaron para las clases populares las llamadas reformas estructurales, logrando poner un freno a la embestida neoliberal. En la medida en que buscaban construir nuevas correlaciones de fuerzas y que éstas se expresaron incluso en el derrocamiento de algunos gobiernos, los movimientos sociales actuaron también como movimientos políticos. Esta actuación política fue más evidente aun, cuando los movimientos pudieron organizarse en amplios frentes aglutinadores que posibilitaron la postulación de candidatos y proyectos políticos que a la postre conquistaron al menos una parcela del poder del Estado, el poder ejecutivo o gobierno. Este tránsito de lo social a lo político y de lo político a lo electoral, podemos observarlo desde el *caracazo* de 1989 que dio origen al chavismo en Venezuela, pasando por las movilizaciones sociales, políticas y electorales en Ecuador (2000-2006) y Bolivia (2000-2005) (Figueroa, 2002; 2005).

El brevísimo repaso de algunos acontecimientos en la región lo hemos hecho para ilustrar lo que en este trabajo sostenemos: que la participación va más allá de lo electoral que postula el ideario neoliberal y schumpeteriano y que la acción colectiva muchas veces tiene un claro contenido político. Así planteada, la política dejaría de ser un mero asunto de naturaleza social, y dejaría también de ser el resultado de cálculos individuales basados en la conveniencia individual. La política rebasa los límites conceptuales procedimentales al asumirse como grandes agregados sociales que no obedecen a una lógica individualista y asumen su lucha e identidad de acuerdo al interés general y grupal.

En el caso de México, el *lopezobradorismo* se ha perfilado precisamente como un nuevo tipo de sujeto colectivo. Un movimiento político-social que se ha construido durante los últimos cinco años en todo el país, desarrollado en buena medida gracias a la resistencia

civil organizada con motivo del desafuero de que fue víctima Andrés Manuel López Obrador, en ese momento jefe de gobierno de la ciudad de México. Surgido aproximadamente en 2003 cuando las encuestas evidenciaron la popularidad de López Obrador, el movimiento se ha ido estructurando al calor de la campaña en contra del desafuero en 2005, posteriormente en la campaña electoral de 2006, luego en el conflicto pos-electoral en torno a la lucha contra lo que el movimiento calificó como fraude electoral y finalmente en la disputa de la legitimidad al gobierno de Felipe Calderón y la campaña en contra de la privatización de la industria petrolera del país⁴.

Así, la importancia de este movimiento político-social en buena medida se debe a las condiciones coyunturales bajo las que ha aparecido en la escena política nacional. En este sentido, al igual que la gran mayoría de los países latinoamericanos, el embate de las reformas estructurales han hecho patente dentro de un sector importante de la sociedad la necesidad de una propuesta política que oponga resistencia a las reformas neoliberales. En este sentido, la plataforma y propuesta política del movimiento *lopezobradorista* en muchos aspectos se opone al propio paquete de las reformas neoliberales y asume un proyecto político que intenta rescatar aspectos importantes de la política nacionalista mexicana además de una paulatina separación del neoliberalismo (Figueroa, 2006-2007). El carácter del movimiento fundamentalmente se encuentra marcado por su alto contenido social expresado a través de la gran convocatoria popular que posee, sumado a un tipo de organización desconcentrado alrededor de todo el país. En la actualidad este movimiento se nutre de reivindicaciones sociales y políticas hacia el petróleo y su defensa ante la amenaza de su privatización y venta a empresas extranjeras.

Las anteriores características del movimiento *lopezobradorista* le han valido los calificativos de “peligroso populismo” por parte de los sectores conservadores del país. Las acusaciones de demagogia no se han hecho esperar. La categoría populismo ha dejado de tener la connotación que le había dado la sociología latinoamericana (Germani y Di Tella, 1973; Ianni, 1975; Altman et al., 1983; Vilas, 1994), la cual la conceptuaba como un amplio movimiento de masas encabezado –de manera vertical y a menudo autoritaria– por un líder carismático que impulsaba una lucha contra una oligarquía tradicional en

4 Una genealogía del movimiento puede observarse en el artículo de Carlos Figueroa Ibarra y Raquel Sosa, “Del desafuero al gobierno legítimo: episodios de la resistencia civil en la confrontación neoliberal en México”, el cual será publicado en el próximo libro que editará el Grupo de Trabajo de Historia Reciente del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.

función de una modernización y/o industrialización del país⁵. Usos más recientes del término lo han convertido en un concepto bastante laxo que alude a una determinada relación entre un liderazgo carismático y masas movilizadas que lo mismo puede ser de derecha (Fox en México) que de izquierda (Chávez en Venezuela) (Cancino y Covarrubias, 2006). Finalmente se encuentra el uso vulgar que hacen desde los medios de comunicación las derechas en América latina y en particular en México. En esta última acepción el populismo sería una suerte de política autoritaria que gastaría irresponsablemente los dineros públicos en mediaciones prebendales con el objetivo de ganar apoyo político. La agitación irresponsable de amplios sectores populares mediante la demagogia vendría a complementar este uso ideológico que a menudo forma parte de campañas de propaganda negra⁶.

La implantación del neoliberalismo tuvo fuertes impactos sobre el funcionamiento en general del estado, modificando sus formas de regulación y organización política y social. Las formas prevalecientes en el estado neoliberal colocaron en el centro de la vida política a la *tecnocracia*, como una pretendida forma racional en el ejercicio de gobierno destinada a ser ejercida por “expertos” de la política. En este sentido Nikolas Rose apunta que:

[...] las reglas del liberalismo avanzado dependen de los expertos en diversas formas, ligándolos de diferentes formas a las tecnologías de poder [...], *tendencia que* busca separar la autoridad substantiva de los expertos del aparato de reglamentación política, recolocando a los expertos dentro de un mercado gobernado por la racionalidad de la competencia, la responsabilidad y la demanda de consumo (Rose, 2006: 147). Este cambio en la forma de entender y ejercer la política generó una desestructuración del Estado bajo las fuerzas del mercado global, tendencia que implicó la desaparición de la sociedad y el surgimiento de una perspectiva del ciudadano como agente que se movía de acuerdo a hipotéticas decisiones individuales basadas en la lógica del mercado. Así, la libertad y la aspiración social basada en la igualdad

5 En función de los objetivos modernizadores e industrializadores, el populismo y el desarrollismo ensayaron políticas de redistribución social: “la regulación del salario cumplía con vincular los mercados laborales a normas emergentes de género y las formas familiares, además que alentaba una orientación hacia el consumo doméstico privatizado” (Fraser, 2003: 18).

6 Hay que precisar que este uso en términos de propaganda negra también tiene orígenes teóricos más sofisticados: “En algunos casos, ideologías populistas y nacionalistas pueden movilizarse contra la democracia y las reformas a la vez.” (Przeworski, 1995: 240). Por tales Przeworski obviamente entiende democracia schumpeteriana y reformas neoliberales.

se convirtieron en obstáculos para el predominio del neoliberalismo y la realización de la democracia y la ciudadanía en sus mínimos preceptos liberales. La sociedad en esta perspectiva terminó por ser entendida como una comunidad de individuos contruidos como objetos de elecciones y aspiraciones orientados a la propia actualización y la autorrealización (Rose, 2006: 147).

Por tanto, una de las principales amenazas para este sistema es que el llamado “populismo” hace la reivindicación de un sujeto político que se forma en el conjunto social a través de la idea de *pueblo*. La idea de *pueblo* atenta contra la concepción de un sujeto social meramente individual y que se mueve conforme a cálculos meramente racionales, incapaz de asumir una idea del “nosotros” social⁷. La idea de un *pueblo* movilizadado que busca generar cambios en las estructuras de poder de un estado representa una crisis en la hegemonía cultural neoliberal, en tanto que las propias vías previstas para la persistencia de la hegemonía y su proyecto político-social se ven rebasadas por la acción popular organizada en torno a proyectos diferentes.

El proyecto neoliberal basado en la idea de un individuo egoísta-racional se encuentra en franco declive, en tanto las experiencias de los movimientos político-sociales latinoamericanos indican la presencia de nuevos sujetos sociales colectivos basados en reivindicaciones que van más allá de la idea de individuo y asumen posturas que rescatan ideas colectivas de participación y organización política y social. La crisis hegemónica del neoliberalismo se encuentra revelada en su propia imposibilidad como sistema de generar la justificación de su propia existencia, en tanto sus propios mínimos requisitos de supervivencia han quedado en entredicho, en la ruptura del “reconocimiento [...] de la legitimidad de una dominación dada dentro de la ideología compartida por una comunidad imaginada o real” (Gilly, 2006: 26). Como respuesta ante esta pérdida de hegemonía parece que el rescate del populismo, lejos de su acepción sociológica clásica, obedece más a un intento por construir conceptualmente una amenaza que rebasa los propios límites epistemológicos hegemónicos.

LIDERAZGO Y MASAS EN EL LOPEZOBRAADORISMO ¿POPULISMO RENACIDO?

En el caso del *lopezobradorismo* un eje fundamental en su plataforma política y social, es la necesidad de un pacto social que permita la unión de los diferentes actores nacionales conforme a un proyecto nacional

7 Un ejemplo de esta antipatía por la noción de pueblo puede verse en Sartori (1991: 41-60).

que supere las limitaciones que el neoliberalismo ha impuesto. Dicho pacto social se perfila como un proyecto de sociedad que permita la reapropiación del Estado por las clases más desprotegidas –sin que esto signifique darle la espalda a los demás sectores sociales–, con base en la búsqueda de la reducción de la desigualdad y una mayor justicia social:

La convocatoria a un nuevo pacto social debe fijarse como propósito básico la superación de la pobreza que, junto con la incierta impartición de justicia, la corrupción y la inseguridad, se perciben como los más graves problemas nacionales (López Obrador, 2004: 159).

Así, se torna en un proyecto que critica e intenta generar un cambio en la vocación de la política nacional existente que abraza al neoliberalismo y sus excesos.

Sin embargo, la realización de este proyecto pasa por hacer un esfuerzo concreto para subsanar los estragos que el neoliberalismo ha generado sobre la unidad social nacional y la profunda desestabilización social que priva en México:

Hay que comprometer a la sociedad entera en este proyecto: a los pobres, porque es su única garantía de supervivencia; a los demás, porque es la única garantía de estabilidad. Sólo un país alimentado y educado, un país de auténticos ciudadanos, puede servir de sustento a una economía sólida y a una sociedad en armonía. La pobreza es inhumana y significa un riesgo para todos. (López Obrador, 2004: 160)

Para cumplir esta plataforma, el *lopezobradorismo* por fuerza debe buscar arrogarse del apoyo de amplias franjas sociales además del impulso a un pacto político nacional que permita cumplir los objetivos planteados, para lo cual el ejercicio de la democracia y el enriquecimiento de la ciudadanía son elementos indispensables. En este sentido, el tipo de Estado y de gobierno que se propone no postula cambios que atenten contra la democracia o que pueda desembocar en un liderazgo autoritario. Por el contrario, el tipo de democracia que se postula rebasa los límites procedimentales en tanto la búsqueda de un nuevo pacto nacional por fuerza implica la participación y la inclusión social, considerando a las fuerzas políticas contrarias.

Parte importante del éxito de este proyecto pasa por la refundación de un pacto nacional que se inspira en la tradición del nacionalismo desarrollista mexicano:

¿Cómo ignorar lo acontecido en la historia reciente? Es imposible olvidar la importancia de la expropiación petrolera, el crecimiento con estabilidad de 1954 a 1970, los movimientos sociales, sindicales

y estudiantiles, así como la lucha por la democracia, los derechos humanos y la justicia a favor de las comunidades indígenas. (López Obrador, 2004: 16).

Este es uno de los puntos fundamentales bajo los cuáles se lo ha criticado de populista, ya que se piensa que por fuerza un modelo político y económico de este tipo esta destinado a repetir los errores históricos del desarrollismo clásico:

El estado tendrá que asumir una función activa en la promoción del desarrollo y, a la vez, favorecer la participación de la sociedad civil en esta tarea. [...] No se trata de volver a etapas anteriores: no se propone un Estado interventor, omnipresente, rígido y *verticalista*, sino un Estado suficiente –activo pero no aplastante– que renuncie a sus tendencias autoritarias y favorezca las iniciativas sociales. Se trata, en suma, de un Estado social y democrático de Derecho. (López Obrador, 2004: 22)

Sin embargo, la raíz central de la propuesta gira en torno a la idea de rescatar el valor de un Estado que dote de los servicios y derechos sociales más básicos como la educación, la salud y la mínima seguridad laboral, a fin de devolver la estabilidad social a una sociedad como la mexicana:

Como punto de partida, sostenemos que el país no será viable si persiste la enorme desigualdad. Es un imperativo ético, pero no sólo eso, sin justicia no hay garantía de seguridad ni de tranquilidad ni de paz social. [...] La fraternidad no sólo tiene rostro humano sino que es la manera más eficaz para garantizar la tranquilidad y la seguridad públicas. Por eso, volvemos a postular que ‘por el bien de todos, primero los pobres’ (López Obrador, 2004: 77)

En este sentido, el tipo de Estado que se postula es interventor y protector de la economía interna, pero no negado al intercambio político y comercial con el mundo globalizado. Se postula un Estado social fuerte que pueda servir de garante de las condiciones sociales mínimas de bienestar:

En buena medida la pobreza se reproduce y se agrava ante la ausencia de un Estado con dimensión social. [...] Admitamos que el Estado –en cualquier parte del mundo– es fundamental para el bienestar de la población, y en un país como el nuestro, con tantas desigualdades, resulta indispensable para la supervivencia. [...] Dejemos de lado la hipocresía neoliberal: al Estado le corresponde atemperar las desigualdades sociales. No es posible seguir desplazando a la justicia social

de la agenda de gobierno. No es jugar limpio utilizar al Estado para defender intereses particulares y procurar desvanecerlo cuando se trata del beneficio de las mayorías. No se vale defender la facultad del Estado para rescatar instituciones financieras en quiebra y considerarlo una carga cuando se trata de promover el bienestar de los más desfavorecidos. (López Obrador, 2004: 78)

Otro aspecto sobresaliente de la plataforma política de este movimiento social es que persigue acabar con el corporativismo y el nepotismo político presente en el país:

Otro mal que aqueja a la nación es el influyentismo: senadores, diputados y otros servidores públicos hacen gestiones y trámites y litigan sin escrúpulos en contra del interés general. Para algunos, los cargos de representación popular son meras franquicias para el tráfico de influencias. El conflicto de intereses y el tráfico de influencias ni siquiera están tipificados en nuestros códigos penales. (López Obrador, 2004: 19)

Así, aspectos como la ciudadanía y la democracia en el planteamiento de este movimiento pasan por volverse referentes centrales en la organización política y social del estado, en tanto la búsqueda por la justicia social necesita por fuerza reconocer las obligaciones y compromisos de un estado comprometido con la igualdad y la democracia:

Para que funcione un proyecto integral de desarrollo social es indispensable establecer vínculos auténticamente democráticos entre sociedad y gobierno, desde los niveles más bajos hasta los más altos. El Estado debe adaptarse a la necesidades de un desarrollo participativo, es decir, los sujetos del desarrollo tienen que ser parte de las decisiones que les atañen (López Obrador, 2004: 86)

DEMOCRACIA Y CIUDADANÍA EN EL LOPEZOBRADORISMO

Los aspectos de ciudadanía y democracia en el planteamiento del movimiento lopezobradorista pasan por volverse centrales en su propuesta de organización política y social. La necesidad de generar un tipo de democracia distinta se volvió un aspecto central en su plataforma política ya que las condiciones en las que se desarrolló el movimiento desde sus primeros momentos, dejaron claro que la lucha por una democracia que superara los límites procedimentales hegemónicos era algo urgente para la sociedad mexicana. En este sentido las cortapisas y los ataques políticos para impedir la candidatura y la postulación de su “proyecto de nación” desde el año 2004, fueron los elementos que demostraron como necesario el asumir una lucha por

la transformación de la democracia que domina en el país. Condición reflejada en la utilización de las instituciones democráticas mexicanas para golpear e intentar impedir la participación del movimiento en la competencia presidencial del 2006.

La cantidad de agravios dirigidos hacia el líder del movimiento provocaron en buena parte de la sociedad mexicana muchas críticas al orden vigente. Estas críticas deslegitimaban los ataques hacia un movimiento político-social que planteaba la necesidad de una transformación verdadera. Al posibilitarse el agravio y la descalificación política por medios institucionales como el Instituto Federal Electoral (IFE) o el Congreso de la Unión, se demostró la necesidad de la transformación de la democracia ya que la imperante se encontraba vacía de contenido sustancial:

Si el fraude se consuma y se rompe el orden constitucional nuestro deber será terminar con este sistema político basado en la farsa democrática y en instituciones que sólo sirven para legalizar el abuso del poder (López Obrador, 2006).

Al ponerse en entredicho el sentido de la representación oficial, la propuesta del movimiento ha sido el generar una organización de bases que intenta eliminar las mediaciones entre los representantes y partidos políticos a través de la organización de “representantes del gobierno legítimo”. Dicha estructura, que ya se encuentra difundida por la mayor parte del territorio nacional, funciona en una dirección basada en la horizontalidad de la política, eliminando las limitaciones propias de un tipo de organización exclusivamente vertical, y donde su sentido de lucha es convertir a la democracia en un fin social y no sólo un medio para las ganancias de grupo o individual.

Esta situación se ha visto reflejada en algunos de los sucesos recientes de la política mexicana, específicamente en torno al debate sobre la privatización de la industria petrolera nacional. Por un lado la opinión de buena parte de la clase política mexicana postula que las decisiones importantes de Estado, como en este caso es la decisión sobre la privatización petrolera, “es un asunto demasiado complejo para someterlo a una consulta popular”. El movimiento *lopezobradorista* en cambio, enfatiza la necesidad de la participación directa de la población en las decisiones más importantes:

En realidad lo que exhiben es su escaso poder de convencimiento y el miedo que le tienen al pueblo de México. Si fuesen realmente demócratas, no le tendrían miedo al pueblo. En la democracia es el pueblo el que decide, es el pueblo el que manda. (López Obrador, 2008)

Este suceso y el impulso de toda una propuesta respecto a la dirección que debe tomar la organización democrática del país, es en realidad un llamado a volver a la democracia un verdadero bien social, con bases bien asentadas sobre la participación popular abierta y sin cortapisas institucionales:

El cambio que necesita México no lo impulsará la llamada sociedad política, tampoco vendrá de los potentados que insisten en profundizar la desigualdad y en mantener un régimen de corrupción y privilegios. (López Obrador, 2008)

Conforme la visión de la democracia se ha visto transformada en los planteamientos fundamentales del *lopezobradorismo*, la idea de la ciudadanía también presenta una propuesta política concreta. En este sentido, la ciudadanía es un principio de organización social que necesita encontrarse reflejado directamente en la organización estatal, reconociendo las obligaciones y compromisos de un Estado comprometido con la igualdad y la democracia:

Para que funcione un proyecto integral de desarrollo social es indispensable establecer vínculos auténticamente democráticos entre sociedad y gobierno, desde los niveles más bajos hasta los más altos. El Estado debe adaptarse a las necesidades de un desarrollo participativo, es decir, los sujetos del desarrollo tienen que ser parte de las decisiones que les atañen (López Obrador, 2004: 86).

Así, conforme la democracia necesita de un amplio impulso para su resustancialización, la ciudadanía es también un principio que necesita de una amplia transformación. En este sentido, más allá de las descalificaciones hacia la propuesta del movimiento como populista o irresponsable, el *lopezobradorismo* ha identificado claramente la necesidad de volver a los principios liberales básicos de la ciudadanía, es decir, la necesidad de un Estado que vele por la seguridad de sus ciudadanos en un espectro amplio.

El neoliberalismo y su canon de pensamiento han terminado por convertir al Estado en una expresión del corporativismo, es decir la unión entre empresarios y poder político, dejando a un lado sus responsabilidades como el principal agente garante de las condiciones mínimas de seguridad y bienestar para su población. Los principios liberales de ciudadanía e igualdad, planteados en las ideas de un pensador clásico como Marshall, hoy se entienden para los agentes adheridos al pensamiento neoliberal como peligrosos y hasta en sinónimos de comunismo. Ésta es en buena medida la paradoja del pensamien-

to neoliberal que hoy se asume como heredera de la tradición liberal occidental. El neoliberalismo ha olvidado el compromiso con la igualdad y la justicia social como aspectos centrales en la historia del pensamiento igualitario. Esta condición se ve reflejada en las ideas dominantes sobre lo que debe ser el Estado, una instancia que ya no debe responder a las necesidades urgentes de la sociedad, y por el contrario refleja un claro esfuerzo por acabar aun con los mínimos resabios de lo que pudiera ser un Estado preocupado por la seguridad y la justicia social.

En respuesta a esta situación los ejes de la propuesta institucional y política del *lopezobradorismo* pasan por dotar nuevamente de sentido nuevamente a las instituciones de un Estado ya caduco y con serios problemas para lograr su legitimidad.

Así, uno de los ejes más importantes de la propuesta se encuentra el “elevar a rango constitucional el Estado de Bienestar para garantizar a todos los mexicanos, desde el nacimiento hasta la muerte, el derecho efectivo a la alimentación, la salud, la educación, la vivienda y la seguridad social” (López Obrador, 2007). Propuesta que es elemento central que permitiría coordinar una serie de políticas concretas encaminadas a satisfacer las demandas más básicas de las grandes capas de mexicanos desprotegidos, principios que consideran: el derecho a pensión para los adultos mayores de 70 años, el otorgamiento de becas a la población discapacitada más pobre, la ampliación efectiva del derecho a la atención médica y a los medicamentos gratuitos, el aumento al salario mínimo por encima de los niveles de inflación, certidumbre para los fondos de pensión y el respeto a los derechos de jubilación adquirido por los trabajadores, garantizar la educación pública gratuita, el apoyo con material escolar en todas las escuelas de educación básica, un esfuerzo por aumentar el número de estudiantes admitidos en la educación superior, etcétera (López Obrador, 2005). Todos estos principios van encaminados en la dirección de fundar un nuevo pacto social entre los mexicanos, un pacto social que tras las ideas de la democracia y la ciudadanía efectivas, pueda volver nuevamente al estado mexicano en un patrimonio verdadero de sus habitantes.

De forma contraria a como la entienden los enemigos políticos del *lopezobradorismo*, su propuesta ha dejado bien clara la necesidad de construir acuerdos concretos para emprender las transformaciones necesarias. En este sentido, el respeto a la vida democrática implica la persuasión y el convencimiento pacíficos de todos aquellos grupos que difieran de las propuestas encaminadas a la reforma del Estado y la política nacional, con la intención de construir un verdadero proyecto político inclusivo y democrático. Si bien es un hecho el arrastre social

de la propuesta, la presencia de otros grupos es necesaria, en tanto se intenta respetar el sentido democrático de la transformación.

Es clara la vocación del proyecto *lopezobradorista* al declarar como aspectos a desterrar del Estado “al influyentismo, la corrupción y la impunidad; de lo contrario, México no saldrá adelante, por lo que hay que definir reglas claras de convivencia” (López Obrador, 2005). En este sentido al acuerdo político a construir considera el apoyo a los industriales nacionales, siempre y cuando se muevan dentro del margen constitucional y con respeto a los derechos laborales:

Por ejemplo, todo aquel que quiera invertir en actividades económicas y genere empleos habrá de contar con el apoyo y la protección del gobierno. No son adversarios quienes con esfuerzo y trabajo, y de conformidad con la ley, crean riquezas y generan empleos, sino aquellos que amasan grandes fortunas de la noche a la mañana en la ilegalidad o a la sombra del presupuesto público (López Obrador, 2005).

Así, el pacto social que propulsa el *lopezobradorismo* está inspirado en una verdadera vocación democrática y de respeto a la ciudadanía efectiva, que incluye a todos los sectores sociales independientemente de su posición pero siempre bajo los referentes de la justicia y la equidad social:

En suma, es necesario convocar a un pacto que permita construir soluciones a los grandes problemas nacionales. Creo que con la participación activa de la gente y de representantes de todos los sectores, económico, social y político, podemos pasar de la alternancia a la transformación profunda que necesita nuestro país, que necesita México, que necesita nuestra patria (López Obrador, 2005).

La idea de de democracia participativa que está presente en el *lopezobradorismo* da a su visión de ciudadanía un nuevo elemento además del de la justicia social que ya hemos señalado. En el imaginario del *lopezobradorismo*, los ciudadanos no solamente viven mejor sino participan activamente en los asuntos del Estado sin sentarse a esperar las fechas electorales.

CONCLUSIONES

Podemos concluir que parte de la hegemonía neoliberal radica en la introyección de amplios sectores sociales de una determinada idea de democracia y una determinada idea de ciudadanía. Finalmente, hegemonía es la identificación en el imaginario social de los intereses del grupo dominante con los intereses de toda la nación. En tanto que sucede esto último, hegemonía también es la introyección en la concien-

cia de los sectores subalternos de las premisas del grupo dominante. En el contexto de la debacle del socialismo real, del desprestigio del marxismo y en general de las ideologías que buscaban trascender al capitalismo y finalmente de la crisis del estado de bienestar y del keynesianismo, el neoliberalismo se alzó con pretensiones de pensamiento único. Formaba parte de los dogmas de este pensamiento único la visión procedimental de la democracia y la visión restringida de la ciudadanía, acotada a una concepción de derechos políticos básicamente limitados a la participación electoral. El neoliberalismo se compaginó muy bien con la concepción de la ciudadanía que la restringía a la existencia formal de derechos políticos (electorales).

Democracia schumpeteriana y ciudadanía restringida fueron los pilares de uno de los dos puertos de arribo visualizados por Fukuyama cuando proclamó el fin de la historia. Quedaron así enterradas las visiones de una democracia participativa (además de liberal y representativa), no necesariamente vinculadas al capitalismo tal como en su momento postuló Macpherson. También quedó enterrada la visión de una ciudadanía que no se restringía al derecho a votar, sino que involucraba los tres niveles (político, civil y social) que Marshall postuló. Es decir una ciudadanía que se sustentaba en una equidad básica merced a la combinación de estos tres niveles de derechos y por tanto al logro de un nivel de vida digno para cada uno de los ciudadanos. Una ciudadanía que también se articulaba a la participación más allá de los momentos electorales.

La visión neoliberal de democracia y ciudadanía ha provocado diversos efectos perversos. En primer lugar ha formalizado a la democracia liberal y representativa restringiéndola a un ritual electoral en la que en efecto son electos como funcionarios del Estado, integrantes de una élite, aquella que puede pagar los enormes costos que ahora tienen los procesos electorales. En segundo lugar, la ciudadanía restringida combinada con pobreza y polarización social, ha terminado desciudadanizando en la práctica a amplios sectores de la población. Estos sectores son presa fácil del clientelismo, del control corporativo y del manejo prebendal de su sufragio. Finalmente ha sucedido lo que alguna vez previno uno de los difusores más exitosos del schumpeterianismo, Huntington: “La pobreza es uno de los principales obstáculos, *probablemente el principal*, del desarrollo democrático”. En tercer lugar, la combinación de democracia schumpeteriana con neoliberalismo, ha hecho surgir en diversos países de América Latina vastos movimientos político-sociales que se han convertido en amenazas no a la democracia como lo advertía Przeworski, sino a los intereses de las más elevadas cúpulas políticas y empresariales. Y con ello, como ya ha sucedido en antaño, las reglas mínimas de la

democracia liberal y representativa tal como las postulara el mismo Huntington, terminan por convertirse en una camisa de fuerza para los sectores dominantes. El golpe de estado contra Chávez en el año 2001, el separatismo y golpe de estado que amenazan a la Bolivia de Evo Morales, y el fraude electoral o elecciones de bajísima calidad como la observada en el México de 2006 son ejemplos elocuentes de lo que aquí se afirma.

En el caso de México, la transición democrática quedó abortada cuando en 2006, un candidato presidencial que adversaba al neoliberalismo se perfiló como el más probable ganador en la contienda presidencial. Los requisitos mínimos planteados por Huntington para la existencia de la democracia, quedaron desvirtuados: las garantías para la oposición más beligerante quedaron en suspenso cuando se desafió a su eventual candidato presidencial; las elecciones libres fueron desvirtuadas por una poderosa campaña mediática hecha desde el gobierno, las cúpulas empresariales y la derecha política; las elecciones limpias dejaron de existir con todos los mecanismos fraudulentos que se usaron en dicha elección. Finalmente aun cuando los medios periodísticos de la oposición fueron respetados, los grandes medios de comunicación electrónica o impresa fueron un ariete formidable en la campaña de satanización de López Obrador.

El *lopezobradorismo* en su ideario y en su discurso dista de ser un movimiento radical. No cabe duda que su crítica al orden existente se ha profundizado como se demuestra en la frase que manda al diablo a las instituciones manipuladas por los grupos dominantes. Que esta profundización se ha hecho evidente con el planteamiento de que el gobierno se ha vuelto instrumento de la cúpula del poder económico. Cabe recordar sin embargo que su planteamiento de que las instituciones “han sido secuestradas” por dicho grupo, no hace sino rescatar la dimensión de lo público que el pensamiento liberal postula como el *deber ser* del Estado. Su lucha durante 2005 y 2006 no fue la instauración de una democracia radical en México, sino por que se respetaran las reglas mínimas de la democracia liberal y representativa. También cabe recordar que su idea de democracia está vinculada a los teóricos liberales de la democracia participativa como Macpherson. Y es necesario recalcar que su idea de ciudadanía fácilmente la podría suscribir el propio Marshall. Su programa económico y social está lejos de Marx y ciertamente bastante inspirado en Keynes. No obstante, la derecha lo calificó como un “peligro para México”.

Así las cosas, el que López Obrador y el movimiento que se articula en torno a él, resulte “subversivo” para el neoliberalismo, es revelador de cuán insoportables le están resultando a éste último las premisas liberales y democráticas.

BIBLIOGRAFÍA

- Altman, Werner; Sala de Tourón, Lucía; Miranda Pacheco, Mario y Winocur, Marcos 1983 *El populismo en América Latina* (México: UNAM).
- Bobbio, Norberto 1996 *Estado, Gobierno y Sociedad. Por una teoría general de la política* (México DF: Fondo de Cultura Económica).
- Camacho, Daniel y Menjívar, Rafael (coords.) 2005 *Los movimientos populares en América Latina*, (México: Siglo XXI/Universidad de las Naciones Unidas).
- Cancino, César 1999 "Consolidación democrática y reforma del Estado en América Latina" en *Problemas y Perspectivas de la Democracia en América Latina* (México: ALAS/Universidad Iberoamericana/Triana Editores).
- Cancino, César y Covarrubias, Israel 2006 *En el nombre del pueblo. Muerte y resurrección del populismo en México* (Ciudad Juárez: Universidad Autónoma de Ciudad Juárez/Centro de Estudios de Política Comparada).
- EZLN 2005 *Sexta Declaración de la Selva Lacandona* (México) en <<http://enlacezapatista.ezln.org.mx/especiales/2/>>, junio de 2005.
- Figueroa Ibarra, Carlos 2003 "Protesta Popular y procesos políticos en América latina" en *Archipiélago. Revista Cultural de Nuestra América* N° 42, Año 11, octubre-diciembre.
- Figueroa Ibarra, Carlos 2005 "Violencia, Neoliberalismo y protesta popular en América Latina" en *Revista Electrónica Social Sociedad Civil y Movimientos Sociales*, marzo de 2005, consultado en <<http://www.flacso.edu.gt7revista/scivil/sociedad.htm>>.
- Figueroa Ibarra, Carlos 2006-2007 "Rebeldía y resistencia civil antineoliberal en el México de hoy" en *América Latina* (Santiago de Chile: Revista del Doctorado en Procesos Sociales y Políticos en América Latina, Universidad Arcis) Segundo Semestre 2006-Primer Semestre 2007.
- Figueroa Ibarra, Carlos y Moreno Velador, Octavio Humberto 2008 "Los contratiempos de la democracia procedimental en México" en Correas, Florencia; Figueroa Ibarra, Carlos; Hernández Ornelas, Pedro y Marroni, Gloria (coords.) *México, de la utopía compartida a la nación dividida* (México DF: Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades "Alfonso Vélaz Pliego" BUAP/Plaza y Valdés Editores).
- Figueroa Ibarra, Carlos y Larrondo de Martino, Denisse Ariana 2008 "Resistencia y rebeldía en el México actual. (Los abigarrados

caminos de la izquierda)” en Correas, Florencia; Figueroa Ibarra, Carlos; Hernández Ornelas, Pedro y Marroni, Gloria (coords.) *México, de la utopía compartida a la nación dividida* (México DF: Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades “Alfonso Vélez Pliego” BUAP/Plaza y Valdés Editores).

Figueroa Ibarra, Carlos y Sosa, Raquel (s/f) “Del desafuero al gobierno legítimo: episodios de la resistencia civil en la confrontación neoliberal en México”. Manuscrito en proceso de publicación.

Fraser, Nancy 2003 “¿De la disciplina hacia la flexibilización? Releyendo a Foucault bajo la sombra de la globalización” en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales* (México DF: Universidad Nacional Autónoma de México) Año/Vol. XLVI, N° 187, enero-abril.

Fukuyama, Francis 1989 “The end of the History” en *The National Interest*, verano.

Fukuyama, Francis 1992 *El fin de la historia y el último hombre* (Barcelona: Editorial Planeta).

Germani, Gino y Di Tella, Torcuato S. 1973 *Populismo y Contradicción de clase en Latinoamérica* (México: Serie popular Era).

Gilly, Adolfo 2006 *Historia a contrapelo. Una constelación* (México: Editorial Era).

Huntington, Samuel 1994 *La tercera ola. La democratización a fines del siglo XX* (Barcelona/Buenos Aires: Editorial Paidós).

Ianni, Octavio 1975 *La formación del Estado populista en América Latina* (México: Serie popular Era).

Klein, Naomi 2007 *La Doctrina del Shock. El auge del capitalismo del desastre*. (Barcelona/Buenos Aires/México: Ediciones Paidós América).

López Obrador, Andrés Manuel 2004 *Un proyecto alternativo de nación* (México: Grijalbo).

López Obrador, Andrés Manuel 2005 *50 compromisos para recuperar el orgullo nacional*, en <<http://www.amlo.org.mx/50compromisos/>>.

López Obrador, Andrés Manuel 2006 “Discurso del acto de toma de protesta como ‘presidente legítimo’ de México” en *La Jornada* (México) 21 de noviembre.

López Obrador, Andrés Manuel 2007 “Discurso en el Décimo Congreso Nacional extraordinario del Partido de la Revolución Democrática” en <<http://www.gobiernolegitimo.org.mx/noticias/discursos.html?id=59359>>.

- López Obrador, Andrés Manuel 2008 "Discurso Asamblea Informativa 29 de junio de 2008" en <<http://www.gobiernolegitimo.org.mx/noticias/comunicados.html?id=72272>>.
- Macpherson, C. B. 1994 *La Democracia Liberal y su Época*. (México DF: Alianza Editorial).
- Ong, Aihwa 2006 "Introduction. Neoliberalism as Exception, Exception to neoliberalism" en *Neoliberalism as exception. Mutations in Citizenship and Sovereignty* (Durham y Duke University Press).
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo* 2004 (Buenos Aires: Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara).
- Przeworski, Adam 1995 *Democracia y Mercado* (Cambridge: University Press).
- Sartori, Giovanni 1991 *Teoría Sobre La Democracia* (México DF: Alianza Universidad) Tomos I (El Debate Contemporáneo) y 2 (Los Problemas Clásicos).
- Sartori, Giovanni 2005 *Elementos de Teoría Política* (Madrid: Alianza Editorial).
- Schumpeter, J. A. 1968 "*Capitalismo, socialismo y democracia*" (España: Aguilar Ediciones).
- Sen, Amartya 1999 *Desarrollo y libertad* (Barcelona: Editorial Planeta).
- Subcomandante Insurgente Marcos *Los zapatistas y la Otra. Los Peatones en la Historia* en <<http://enlacezapatista.ezln.org.mx/date/2006/09/>>.
- Vilas, Carlos 1995 *La democratización fundamental. El populismo en América Latina* (México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes).